

Perfil carismático y perfil profético de la tierra. Algunas coordenadas

Luigino Bruni

El perfil carismático de la sociedad y de la Iglesia es la continuación de la profecía, como se nos explica y cuenta sobre todo en la Biblia hebrea. Los profetas no son un fenómeno exclusivo del pueblo de Israel (sabemos, también por la tradición bíblica, de los profetas de Baal y de otros del Oriente Medio). Pero la potencia, la duración, la calidad de la profecía de Israel la convierten en algo único en la historia, un magisterio esencial para todo el que quiera conocer los carismas de ayer y de hoy. Hemos pedido no solo a un biblista, sino a uno que ha indagado mucho sobre el papel de los carismas, que profundice esta relación entre los profetas bíblicos y los profetas carismáticos.

PARA comprender a Francisco de Asís, a Catalina de Siena y a Teresa de Calcuta, a los diversos fundadores de comunidades y movimientos carismáticos, debemos mirar sobre todo a los profetas bíblicos, que son los que más se parecen a ellos. Si, por lo tanto, queremos comprender las palabras, la gramática y la semántica del logos de los carismas –de hoy y de ayer, dentro y fuera de la Iglesia y las religiones– debemos mirar a las palabras, a la semántica y a la gramática de los profetas. No podemos hacerlo aquí, pero podemos intentar trazar algunas coorde-

nadas de fondo para comenzar un discurso. Lo podemos hacer observando algunas dimensiones comunes a la profecía bíblica, especialmente a los profetas escritores, que con sus textos han dejado una herencia fundamental, que ha llegado hasta nosotros y continuará después de nosotros.

Fracaso

Un primer dato desde el que podemos partir es el fracaso como condición natural del profeta. Los falsos profetas son los que son escuchados y seguidos, al responder

perfectamente a las expectativas y a los gustos del “consumidor” de su tiempo. Ser seguido, obtener fama y honores, siempre ha sido un signo inequívoco de falsa profecía, y sigue siéndolo con los falsos carismas. Los profetas, en cambio, siempre están fuera del tiempo, son incómodos, antipáticos, molestos.

Piden y claman por la defensa de los pobres, de los oprimidos, de las viudas, de los huérfanos, luchan contra la idolatría; y mientras lo hacen, continúan viviendo en una sociedad donde los pobres son pisoteados y explotados, donde los ídolos se multiplican a su alrededor. Como respuesta a su denuncia encuentran persecución, lapidación y, a menudo, son encarcelados y luego asesinados.

Conocer y repasar la historia de los profetas, de ayer y de hoy, es una gran enseñanza no sólo sobre la lógica de los carismas sino también sobre la dinámica del poder, y, por tanto, sobre la naturaleza de todas las ideologías que, en su esencia, son instrumentos producidos por la clase dominante para aumentar el poder y los privilegios.

La Biblia también nos dice que los profetas no aman su condición de profetas. No lo eligen, y si pudieran, harían otra cosa. No se presentan a desempeñar el oficio de profeta. Sin embargo –y aquí radica la esencia de esta vocación específica– no pueden elegir (la historia vocacional de Jeremías sigue siendo inmejorable en esto). No pueden escapar de la voz que les llama, aunque lo intenten. Los profetas no son ni mejores ni peores que los demás: son simplemente *differentes*. Los profetas no conocen solamente la incomprensión por parte del pueblo. Existe también la persecución intencionada y deliberada por parte de quienes los *comprenden muy bien* y por ello los combaten. Los faraones y los herodes reconocen perfectamente a los profetas, y por eso los temen más que a cualquier otra cosa.

Sin embargo, hay algunos que creen y aman a los profetas. Son los pobres, los oprimidos, los humildes, los descartados, los leprosos. Y no solo porque ven en el profeta una esperanza de rescate de su condición injusta, sino porque se encuentran en las condiciones antropológicas y espirituales para comprender su voz. El Reino de los cielos es solo de los pobres y de los perseguidos por causa de la justicia –los únicos felices a los que el evangelio promete el Reino–, porque en su condición logran verlo, entenderlo, desearlo.

Los poderosos inconvertibles, en cambio, aman mucho a los falsos profetas, hasta adorarlos. Son sus devotos aduladores, porque la falsa profecía confunde la conciencia colectiva y legitima las posiciones de poder. Ayer y hoy en el mercado abundan intelectuales, escritores, incluso hombres religiosos, que generan teorías e ideología con el único propósito de justificar el poder de quienes los apoyan y alimentan. Cuando es demasiado costoso o no es conveniente eliminar a los profetas directamente, los poderosos lo hacen indirectamente, contratando a falsos profetas.

Elasticidad

La principal virtud de quien lleva a cabo alguna función profética es la capacidad de elasticidad y resistencia en perseverar en la condición de frustración por no escuchar las palabras que por vocación pronuncia y que no puede callar. Sobre todo cuando los tiempos de resistencia se hacen largos, la persecución no tiene tregua y la palabra profética tiene que seguir siendo pronunciada.

Pero ¿por qué el profeta sigue diciendo su palabra si no ve el fin de la injusticia ni la llegada de un nuevo reino de los pobres? Ciertamente no porque espere convertir a los poderosos. Él sabe muy bien –o lo

aprende— que los faraones son inconvertibles. Ni siquiera espera las revoluciones de los pobres, porque sabe que una vez que se vuelvan poderosos, los pobres del mañana se comportarán igual que los que hoy los oprimen. Tampoco lo son los hombres y las mujeres de las reformas a pequeña escala, que buscan una mejora gradual en el nivel de lo posible aquí y ahora. Esta visión reformista, igualmente importante y co-esencial, es la de las (buenas) instituciones, *no la de los profetas*. Su anuncio es muy diferente del *status quo* y ninguna mejora al margen podría responder adecuadamente a su palabra profética. Son eternos insatisfechos. Porque lo que anuncian es un reino demasiado justo, un Dios demasiado cercano, un hombre demasiado diferente: «*El hombre es diferente*» (Don Zeno Saltini). Crean tenazmente en el hombre, incluso cuando está herido: «*El hombre no es su error*» (Don Oreste Benzi).

Pero la profecía no se debe confundir con la utopía, porque a diferencia de la palabra utopía (que a menudo se produce para distraer a la de los profetas), la denuncia profética es siempre *concreta*, *indica un lugar aquí y ahora*. La profecía es un *ya* que indica un *todavía no*. Llama a la persona por su nombre, hace acciones puntuales, realiza gestos visibles usando los lanzadores y los yugos de todos. Por esta razón, la palabra de los profetas es siempre traicionada, la tierra prometida nunca se alcanza, y su existencia está marcada siempre por un sentido constante y creciente de fracaso y sufrimiento... Mueren fuera de la tierra prometida, la miran desde el monte Nebo y están satisfechos si son sus hijos los que entran.

¿Por qué los profetas siguen hablando, gritando, perdiendo la salud, el bienestar y, a menudo, la vida? Simplemente porque no pueden dejar de hacerlo. Está habitado por un misterio que no posee, no conoce, que no le obedece. Pero si él no da voz a esa voz,

muere seguro. Este es el triste y maravilloso destino de los profetas y los carismas.

Jonás

La maravillosa historia de Jonás, la simplicidad del género literario único y paradójico, está entre las más reveladoras de la esencia de esta dimensión de la vocación profética y de los carismas (las dimensiones de la vocación profética son muchas, y no es fácil reducirlas todas a la unidad). Jonás, como sucede a menudo con los profetas (Moisés, Jeremías, Elías...), no responde de inmediato a la vocación. Cuando Jonás recibe la primera llamada a profetizar sobre Nínive, huye y se embarca en un barco en dirección opuesta.

Aquí sucede algo importante para entender la profecía. Se desencadena una tormenta, la nave está en peligro. Jonás que intuye que existe una relación entre la falta de respuesta a la vocación profética y la tormenta: «*Agarradme y tiradme al mar, y el mar se os calmará, pues sé que es por mi culpa por la que os ha sobrevenido esta gran borrasca*» (Jon 1, 12). No es raro que el profeta/carisma, en una fase particular de su vida (en general hacia el final), intuya que existe una relación de causa-efecto entre las desgracias que ve que suceden en su entorno y su infidelidad. Advierte que no ha respondido a la llamada como podía y debía, y lee el dolor de los demás como una consecuencia de esta falta de respuesta. Por lo general es solo una prueba, que si se vive bien puede permitir un aumento de la calidad humana y espiritual de la vida del profeta.

Después de haberse salvado milagrosamente del naufragio (gracias al pez), Jonás responde a la segunda llamada de Jahvéh y lleva su mensaje a la gran ciudad: «*Dentro de cuarenta días Nínive será destruida*» (Jon 3, 4). Y, evento excepcional, la ciudad de Nínive y su rey se arrepienten y se con-

vierten total e inmediatamente. Observada la conversión, Dios cambia de idea y ya no destruye a Nínive, obrando de manera diferente a lo que había dicho a través de Jonás. Ningún profeta es dueño de la palabra que debe anunciar. Él sabe que Dios no se deja maniatar ni siquiera por la profecía que él mismo pone en los labios del profeta.

El aspecto más misterioso de la historia de Jonás es su decepción y rabia por el arrepentimiento de Dios: *«Jonás se disgustó mucho por esto y se enojó; y oró a Yahvéh diciendo: ¡Ah, Yahvéh, ¿no es esto lo que yo decía cuando estaba todavía en mi tierra? Fue por eso por lo que me apresuré a huir a Tarsis. Porque bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal. Ahora, pues, Yahvé, te suplico que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida»* (Jon 4, 1-3).

Guardianes de la palabra: *deus contra deum*

Este dolor y esta indignación de Jonás nos dice algo muy importante. Los profetas son grandes amantes de la palabra. Por eso son también sus *guardianes*. Como las mujeres y las madres son las expertas y las guardianas del cuerpo, los profetas lo son de la palabra que han recibido. Viven solo de eso, no saben hacer otra cosa. Pero no son solo amantes y guardianes de la palabra que dicen: también son los grandes *defensores*. Con relación a los hombres, pero, nos dice Jonás, son defensores de la palabra *también con relación a Jahvé*. Como no son los dueños, pueden ser y son sus protectores. Más que un artista que conserva su obra, la primera tarea del profeta es proteger la palabra, incluso cuando el emisor de la palabra cambia de opinión. Si no lo hiciese, la palabra que anuncia pronto empeoraría y se vaciaría. Los profetas pueden de-

fender la palabra de Dios de Dios mismo: *deus contra deum*. La palabra es siempre un asunto muy serio: los profetas tienen la tarea de recordarlo a todos, incluso a Dios, aunque sepan que no serán escuchados, porque no controlan la palabra que reciben. Si los profetas no amasen la palabra que anuncian más que a sí mismos, serían falsos profetas, comerciantes de una palabra que venden y no sirven. La paradoja del final de la historia de Jonás se abre solo si tomamos radicalmente en serio la profecía, y no la convertimos en una cuestión meramente ética o religiosa. La fidelidad a la palabra de Dios es para el profeta más radical que la obediencia a Dios mismo. Es en esta fidelidad-obediencia paradójica donde el verdadero profeta es realmente fiel.

Quienquiera que en la vida haya tenido una tarea, desarrollándola responsablemente, puede intuir esta dimensión misteriosa y paradójica de toda vocación. Sus momentos más preciosos y cruciales han sido aquellos en los que tuvo que proteger esa tarea y aquella obra *precisamente en relación con los que se la habían confiado*. Seguir creyendo incluso cuando quien lo había llamado no hablaba ya o había cambiado de idea. Es en esta fidelidad tremenda y maravillosa donde se juega mucho de la verdad de toda una existencia.

Quien recibió un carisma y luego fundó comunidades y movimientos, conoce bien esta extraña resistencia y fidelidad a la palabra. En ciertos momentos ha tenido que seguir creyendo incluso cuando los signos de alrededor (y dentro) a él o a ella coincidían en decir que era todo una ilusión, que aquella primera palabra que parecía verdadera era en realidad un espejismo. Incluso cuando todos decían que aquella primera palabra se había perdido, había sido cancelada y traicionada. Los carismas florecen si sus portadores son capaces de estas resistencias paradójicas. Debido a esta

extraña fidelidad no es fácil entender a los profetas y a los carismas.

Nacidos hoy

Para *esperar* encontrar realmente a los profetas –los principales acontecimientos de la vida no pueden ser programados; podemos solo esperarlos y atenderlos–, es necesario iniciar su lectura *como si hubiésemos nacido hoy*. Debemos hacer todo lo posible para tratar de liberarnos de las ideologías religiosas y antirreligiosas con las que hemos crecido y con las que hemos construido el sentido de nuestro estar en el mundo. Los profetas son un don para todos, pero lo son especialmente para los que nunca han creído y, sobre todo, para los que ya no creen, pero desearían creer. El suyo es un canto de aurora, una brisa del amanecer, una estrella de la mañana. Es una introducción a la vida en tiempos de ruinas, en cada ruina y en todo tiempo. A lo largo de los siglos muchos han comenzado y recomenzado a creer, a tener esperanza, a amar junto a Isaías. Deberíamos acercarnos a los ignorantes de las palabras de nuestra religión y de nuestra no-religión. Iniciarles a leerlos como si no hubiésemos escuchado nunca la palabra de Dios. Regresar al principio, abrir los ojos y junto con Adán escuchar la palabra *Elohim* por primera vez. Experimentar la fuerza original y absoluta de esa palabra pronunciada porque primero la «*vieron*» (Is 2, 1). Los profetas *ven* la palabra que después *dicen para que nosotros también veamos*. Esta es la posibilidad de ver en la tierra a un Dios que no se puede ver, porque si lo vemos es simplemente un ídolo. Los sentidos de las palabras son los oídos y los ojos. La palabra que los profetas nos anuncian no es *vanidad*, no es aliento, no es soplo, no es viento ni niebla: es carne.

Sabemos que hemos olvidado las primeras palabras. Pero esta inmensa pobreza

puede convertirse en nuestra riqueza: podemos hacer la experiencia de escucharlas *por primera vez*.

Incluso los carismas son el anuncio de una palabra primera. Son grandes innovaciones, porque aquella específica palabra, declinada con aquellas palabras y con los hechos, los profetas no hablan solo con la boca, hablan también con los gestos, yugo, cántaro, campo, girar desnudo... Si queremos ver la verdadera novedad bajo el sol, no debemos ir a los campos ni a las *business school*. Debemos, simplemente, encontrar un carisma vivo.

La profecía bíblica es un “bien común” de la humanidad de todos los tiempos. Todos los profetas son poda, estiércol, deshierbe, cosecha, cultivo, vendimia, del espíritu y, por lo tanto, de la vida, que es vida humana porque es espiritual... La meditación de sus rollos es un ejercicio valioso para descubrir o redescubrir el sentido y la verdad del alma, de la salvación, para comenzar o recomenzar a esperar después de las destrucciones, las ruinas, los dolores, las esperanzas vanas y las falsas consolaciones que acompañan siempre estos sucesos. Junto a la grandeza, belleza, poesía de Isaías o de Jeremías resisten pocos. Job está ciertamente entre ellos, sobre todo porque como Isaías nos ayuda mucho a comprender *lo que Dios no es*, y no debe cambiar si no queremos transformarlo en un ídolo en el que creer o no creer (como hay muchos creyentes de ídolos, hay también muchos no-creyentes de ídolos).

Quien ha recibido una vocación y/o un carisma debe meditar continuamente sobre la vida y la palabra de los profetas. Y sobre ella deben medir la propia fidelidad a la propia palabra, intuir si se están convirtiendo en falsos profetas, o si continúan estando de parte de los pobres o si están entrando en *la nómina de los poderosos*. *No hay una guía más segura*.